

Fascículo 8 - MENSAJE Y PRODUCCIÓN

(Mc. 4,3-9)

— La primera parábola es la del sembrador, ¿no? — preguntó alguien.

— Sí —respondió Teófila—, pero no la llamaremos así. Los títulos que vienen delante de las escenas y, como en este caso, los que dan nombre a las parábolas, no pertenecen al texto original, sino al traductor. El sembrador, como personaje que la historia requiere para poner en marcha el proceso de la siembra, aparece al principio y ya no se le vuelve a nombrar más.

Si nos atenemos a lo que el Galileo pretende que la multitud concluya, podríamos denominarla; el mensaje produce. Vamos a leerla.

— *¡Escuchen! Una vez salió el sembrador a sembrar. Sucedió que, en la siembra, algo cayó junto al camino; llegaron los pájaros y se lo comieron. Otra parte cayó en el terreno rocoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó enseguida, pero cuando salió el sol se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otra cayó entre las zarzas: brotaron las zarzas, la ahogaron, y no llegó a dar fruto. Otros granos cayeron en la tierra buena: a medida que brotaban y creerían fueron dando fruto, produciendo treinta por uno y sesenta por uno y ciento por uno.*

Y añadió:

— *¡Quien tenga oídos para oír, que escuche!*” (Me 4. 5-9).

Observen con curiosidad el relato: El verbo escuchar repetido al principio y al final del discurso del Galileo envuelve la parábola. Tal vez podríamos llamarla también: la parábola del escuchar. ¿Qué les parece?

Recordemos la imagen del Galileo sentado en la barca, y la gente, de cara a él, al otro lado de la orilla. Marcos ha cuidado la escenografía detallando la colocación de los personajes. El posicionamiento de cada uno de ellos tendrá un peso importante en toda la secuencia.

Nuestro protagonista comienza su intervención reclamando la atención de la multitud: "**Escuchen**". Aparentemente, no hay más que un aviso pidiendo atención. Sin embargo, la gente conocía perfectamente dicho imperativo y su profunda significación. En hebreo: Shemá (**escucha**) era el nombre de una de las oraciones más importantes para el pueblo judío. Se recitaba dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde. La oración del Shemá poseía un carácter marcadamente social. Constituida por tres textos del Antiguo Testamento (Dt 6, 4-9; 11, 13-21; Núm 15, 37-41), recordaba al pueblo sus orígenes y le alentaba a reafirmarse en su genuina organización social basada en la igualdad. De la opción acertada dependerá, según el Shemá, incluso el desarrollo armonioso de la tierra o la destrucción del equilibrio natural.

Con su imperativo: ¡escuchen!, el Galileo ha colocado el adecuado marco social a la parábola. Al pronunciarlo, activó en la mente del gentío las ideas contenidas en la oración judía que comenzaba: **Escucha, Israel**.

Ahora bien, en nuestro relato, "**¡Escuchen!**" se dirige a todos y cada uno de los que están de la orilla hacia tierra. El imperativo les recuerda su origen y el principio que generó su salida de la esclavitud a la libertad convirtiéndoles en un pueblo unido por la justicia. Su situación actual es de absoluto sometimiento. Pero, según el Galileo, tienen ante sus ojos la sociedad que soñaban. Él les invita. Desde su posición en la barca, en la otra parte de la orilla, su llamada: ¡escuchen! da las claves para entender el sentido de la parábola antes incluso de iniciar su narración. Con el imperativo, el Galileo llama a integrarse a esa nueva sociedad; está animando a traspasar la línea que les separa.

La parábola comienza enunciando una actividad agrícola de sobras conocida: "**Una vez salió el sembrador a sembrar**". En el original se percibe cómo Marcos construye esta frase con cuatro verbos enlazados cuya traducción literal sería: "**Miren, salió el que siembra a sembrar**". El primero induce a concentrarse en la acción que se anuncia en la segunda parte de la frase con la repetición del verbo "**sembrar**".

El sujeto que realiza la acción de sembrar se designa con la forma verbal: "**el que siembra**", que destaca más la actividad que al propio individuo. El sembrar es una de las tareas del agricultor, no es una función específica que otorgue una especialización y un oficio. El personaje mencionado así aparece exclusivamente por la necesidad de personalizar la acción que pone en marcha el desarrollo de la parábola. De hecho, como les dije, ya no se le nombrará más.

La repetición sin pausa del verbo "**a sembrar**", que insiste en el objetivo del hombre en su salida, subraya la acción con absoluta simplicidad. A la multitud no le hacen falta más explicaciones. Conocen el hecho en todos sus pormenores.

La labor de sembrar se realizaba previamente a la de labrar la tierra con la finalidad de que, al pasar el arado con la semilla esparcida, ésta quedara enterrada. La semilla se llevaba en una espuerta o en la misma ropa plegada. Se iba diseminando mientras se andaba el terreno. La faena requería la experiencia del agricultor, pero no una precisión milimétrica sobre cada grano lanzado. El éxito de este trabajo dependía, por lo tanto, de factores externos, climatológicos o biológicos, pero nunca, o al menos no solamente, de la puntería al arrojar la semilla.

Al entrar a narrar las circunstancias que forman parte del desarrollo de la parábola, el Galileo mantiene la escucha atenta de la gente con una frase que repite otra vez el verbo sembrar; "**y resultó que, al sembrar**", en esta ocasión indicando el esparcimiento de la simiente. La reiteración del verbo contribuye a que la multitud se centre en los efectos de la acción.

Situémonos entre la gente, en primera fila, tratando de captar hasta lo que Marcos no explícita: la cadencia y el tono de las palabras del Galileo. No nos equivocaremos si imaginamos el gesto leve de su mano simulando el movimiento del agricultor al lanzar al aire el puñado de simiente. La última frase "**y resultó que, al sembrar**" permite suponer, tras ella, una breve pausa que concentraría en él todas las miradas.

Conviene desterrar de nuestra mente la imagen de un hombre severo, mayestático, de gesto amargo y cargado de dramatismo. Igualmente, la representación de una figura dulzona y acaramelada diciendo frases tan bonitas como estériles. La sencillez de su exposición revela, por el contrario, a un hombre normal, con un agrado natural que atrae y acerca. Acompaña sus palabras con expresivos movimientos de sus manos que generan confianza y muestran lo asequible de su mensaje. Un gesto amable, la actitud esperanzada y el optimismo que él irradia declaran su convicción en las ideas que propone. Las compara con lo que sucede en cualquier siembra.

Comienza diciendo: "**algo cayó a la vera del camino**". No habla de cantidad. El sentido del pronombre indefinido, "**algo**", se desinteresa del volumen; su indeterminación orienta al lector a considerar que alude a lo normal de una siembra a mano. La expresión "**a la vera del camino**" hace referencia a los bordes endurecidos de los caminos habituales o a las estrechas sendas generadas por el paso al atravesar los campos. Estas semillas tuvieron el mejor fin que en esas circunstancias pudieron conseguir, servir de alimento a los pájaros: "**llegaron los pájaros y lo devoraron**". El verbo con que termina este primer detalle de la semilla esparcida induce a pensar a los oyentes que esos granos duraron poco en el sendero.

Mi abuelo escribió una nota concerniente a este verbo: **devorar**. Se aprecia en ella su sentido del humor. La leo. Dice así: "*En Marcos aparece este verbo sólo otra vez más, también en boca del hombre de Galilea, refiriéndose a otros pájaros (Marcos 12,40)*".

Y la cita dice:

— "¡Cuidado con los Letrados!... esos que devoran los hogares de las viudas con pretexto de largos rezos..."

Pero continuemos con la exposición del Galileo —prosiguió—. Nuestro protagonista mantiene la tensión en la gente al recurrir a otra coyuntura típica conocida por todos: "**otro poco cayó en terreno rocoso**". Se refiere en esta circunstancia a la zona del terreno donde, bajo el suelo, existen rocas cubiertas por una escasa capa de tierra que es improductiva porque no conserva la humedad. A ese lugar, suficientemente conocido por el agricultor como terreno infecundo, llegan semillas sueltas sencillamente porque al esparcir, ajustando al terreno fértil, esa pequeña porción del puñado lanzado se desperdiga por donde el agricultor no desea.

— Teófila, ¿qué diferencia hay entre leer "**otra parte**", como dice en mi Biblia, y "**otro poco**", como has leído tú? No da lo mismo, ¿verdad? — preguntó una participante.

— Lo que cayó en ese lugar de la finca se cita en griego con un pronombre neutro en singular cuyo significado en nuestra lengua es **otro**, diferente a la expresión utilizada para describir lo que cayó a la vera del camino: "algo". Traducir por "otra parte" conduce a equívoco, porque lleva a pensar en parte de la totalidad a sembrar, cuando en realidad se está refiriendo a parte de algún puñado. Por ese motivo es preferible la traducción: "**otro poco**".

Los que estaban escuchando conocían de sobra el destino de esos granos de simiente caídos sobre terreno rocoso. Sin embargo, el Galileo lo describe con multitud de matices alargando el final con detalles sabidos, aunque útiles para mantener vivo el interés.

En primer lugar subraya lo que es evidente: "**donde apenas tenía tierra**". Las malas condiciones de esa zona del terreno no conceden posibilidades productivas a los granos llegados a aquel rincón. Pero a pesar de ese final ineludible, el Galileo consigue mantener el clima de enorme expectación con recursos magistrales: "**y en seguida brotó**". Volemos otra vez aquí con la imaginación. Tal vez advirtamos una elevación del tono de su voz al que se asocian los gestos de sus manos, sus ojos bien abiertos reclamando concentración, y una ligera pausa, dando pie a explicar el motivo en una gradual bajada de tonalidad: "**porque la tierra no tenía profundidad**".

El Galileo termina describiendo lo sucedido en el desarrollo baldío de la semilla: "**pero cuando salió el sol se abrasó**". Como veis, va incorporando elementos narrativos, "**el sol**", y concatenando detalles, "**cuando salió**", para dar vivacidad a la parábola y apasionar la imaginación de los oyentes anhelantes por conocer su desenlace final. La descripción podía haber acabado diciendo que "**se abrasó**", sin más. Sin embarco, agrega con énfasis la causa principal que impide la supervivencia del brote y determina el ocaso de la planta: "**y se secó porque no tenía raíz**". La insuficiencia de tierra junto a lo exiguo de la raíz son mencionados, utilizando la misma fórmula: "**porque no tenía**", como razones del final anticipado del retoño.

La desaparición súbita de la semilla comida por los pájaros contrasta con la lenta y dramática muerte de los granos que han llegado a brotar en el lugar pedregoso. Tanto una como otra circunstancia carecen de significado por sí mismas; su función principal consiste en actuar como elementos útiles para encauzar a los oyentes al momento final de la parábola.

Aún expone una última circunstancia de la siembra ante la cual sucumbe la semilla: "**otro poco cayó entre zarzas**".

Al labrar con posterioridad a la diseminación de los granos, se eliminaban las matas espinosas que hubieran crecido en algunas zonas del terreno. Sin embargo, las raíces más profundas y resistentes de estas plantas volvían a entallecer nuevamente, de manera que la simiente germinada junto a ellas estaba condenada de antemano a causa de la fortaleza de las plantas espinosas.

En la narración de lo que sucede en esta circunstancia, el cambio de entonación del Galileo adquiere nueva musicalidad con el empleo de dos verbos: "**crecieron las zarzas, la asfixiaron...**" que adelantan el fracaso de la semilla: "**y no dio fruto**".

Se puede obtener una primera impresión pesimista de la parábola, aunque pronto veremos que no es la acertada. La parábola no fue escogida para maltratar. Hasta este punto, la exposición de la parábola ha seguido el destino de las semillas sueltas que caían en lugares con obstáculos insalvables, pero no se ha descrito lo sucedido con el grueso de cada puñado de donde han salido esos escasos granos perdidos a medio camino de su desarrollo.

El Galileo se ha servido de las circunstancias negativas, previsibles en una actividad tan normal como la siembra, utilizándolas como peldaños para conducir gradualmente al mensaje fundamental de la parábola. El proceso explicativo, dirigido con soberbia pedagogía, ha ido acrecentando en la gente su interés por conocer el desenlace de la historia y lo que pretende transmitir con ella.

En su parte final comprobaremos cómo cambia radicalmente esa falsa apariencia negativa.

Ese momento de la parábola sobresale del resto. Comienza utilizando el mismo pronombre griego que introducía los movimientos anteriores, aunque en esta ocasión, en plural: "**otros**". El plural pretende significar la abundancia de los puñados esparcidos en contraste con las pocas semillas sueltas caídas en lugares indeseados. La traducción anterior del pronombre, "**otro poco**", unida a la transición del singular al plural, admite traducir en este caso por "**otros muchos**".

La imagen del terreno donde cae el grueso de la semilla destaca también de las zonas anteriores por su carácter sobradamente positivo. Se dibuja resaltando sus condiciones inmejorables. La traducción literal del original sería: "**cayeron en la tierra, la buena**". Se articula al adjetivo, "**la buena**" para realzar la calidad del terreno que recibe la semilla.

Esta entrada, como pueden observar, abre el camino al optimismo. La gran variedad de tiempos verbales escogidos para contar el resultado final de la parábola permite entrever con qué maestría nuestro hombre de Galilea, desde su posición destacada en la barca, modula su entonación acompañando su relato con un ritmo vivo y cambiante. Regula su cadencia en progresión constante,

ajustándola a la acción eficaz que los verbos van trazando. Con ellos, estimula a la gente a adivinar el mensaje positivo de la parábola en el resultado excelente de la siembra.

La calidad del terreno proporciona a la semilla el ambiente adecuado para su desarrollo: "***e iban dando fruto a medida que brotaban y crecían***". La idea de progresión de la planta llegando a producir el fruto deseado ha dejado a la puerta el objetivo de la siembra, lo que constituye el sentido último del ejemplo.

La acción que continúa, "***producían***", anuncia el alcance definitivo de lo plantado. La potencialidad de la semilla y el resultado productivo de la siembra han sido espectaculares: "***treinta por uno, sesenta por uno y ciento por uno***". La fórmula es un semitismo que señala multiplicación. Así lo entendió Lucas que, para facilitar la comprensión de sus lectores no judíos, simplifica en su evangelio la escritura de Marcos diciendo en su lugar: "***centuplicado***".

En el texto de Marcos el efecto productivo se representa sucesivamente creciente hasta alcanzar límites extraordinarios. Este final desbordante concede sentido a toda la parábola. Desde ahí hay que contemplarla.

No hallaremos el significado de la parábola ni en el hombre que siembra, ni en los percances ocurridos a las semillas malogradas. Respecto al sujeto que realiza la tarea de sembrar, ha intervenido exclusivamente como factor desencadenante de la acción. Como han podido comprobar, una vez ésta iniciada, su función se ha diluido en los hechos. En cuanto a los insalvables contratiempos sufridos por algunas de las semillas, hicieron su función como engranajes del desarrollo narrativo y fueron útiles para el mantenimiento del suspense de la historia contada, pero su papel principal está supeditado al momento cumbre, el de la impresionante eclosión de la semilla sembrada en terreno fértil. A su final feliz, los indeseables accidentes del lugar han prestado su carácter negativo para lucimiento y realce del magnífico resultado obtenido. En ese instante inmejorable quiso el Galileo concentrar la atención de la multitud a la que iba dirigido el ejemplo.

Como método pedagógico, la parábola estimulaba la reflexión de la gente. Ante el deseo de las masas de ponerle al frente de un movimiento popular con vistas a conseguir la soñada hegemonía política, el Galileo indica que su camino es otro. Lo propone con entusiasmo y alienta a la esperanza. De cara a la muchedumbre expectante, les presenta la realidad de su propuesta: una sociedad alternativa (***los Doce***). Al igual que la oración del Shemá (***Escucha***) exigía al pueblo, él solicita a la muchedumbre, allí congregada, total confianza en su proyecto. Haciendo uso de un ejemplo sencillo conocido por todos, llama al optimismo y asegura que, pese a tener un aspecto igual de insignificante que el de una semilla, su rendimiento será tan espectacular como el de una siembra excelente.

Viendo al grupo de la barca desde la otra parte de la orilla, la multitud captaba el sentido comparativo del ejemplo. La introducción del Galileo aludiendo al Shemá, "***Escuchen***", así lo preveía. Para relacionar una producción que aumenta progresivamente, "***treinta por uno, sesenta por uno...***" con la sociedad alternativa no tienen más que mirar en su dirección. La materialidad social de ese proyecto definitivo estaba ante su vista. Se trata de un colectivo pequeño, casi despreciable. Pero como la semiente, encierra una enorme potencialidad. Está situado a la otra parte de la orilla respaldado por un amplio horizonte. De uno a otro lado no hay más que un paso. El ejemplo incitaba a darlo.

A pesar de los inconvenientes y de la falsa apariencia de una realidad humilde, el Galileo reclama confiar en que será extraordinario el efecto multiplicador de su propuesta. Con su parábola, nuestro protagonista declara: ¡Este proyecto rendirá con creces! Transmitiendo entusiasmo, anima a la gente a recobrar la propia identidad personal e invita a comprometerse individualmente para contribuir a su avance.

La parábola termina con una sentencia: "***¡Quien tenga oídos para oír, que escuche!***". Los verbos en singular escoltan el sentido individual de la frase, expresando su llamada al compromiso personal. El cambio de estrategia de nuestro protagonista respecto a las masas se ha confirmado.

El verbo escuchar, que ha sido utilizado como embalaje de la parábola, resume su finalidad. Escuchar no se reduce a percibir sonidos, sino a la disposición abierta sin prejuicios a que el mensaje cale hondo. Es la actitud que solicita el Galileo al gentío, convencido de que ese mensaje consigue plenamente sus objetivos.